

tros (por ejemplo la de Abraham con Sarah), que tales matrimonios tenían lugar entre los Cananeos, los Árabes, los Egipcios, los Persas, y que provenían de que no se admitía el parentesco en la línea masculina. Pero suponiendo que sea así en ciertos casos, aunque evidentemente no lo sea en otros, vemos en ello una nueva prueba de que no tenemos el derecho de atribuir al instinto primitivo la prohibición de casarse entre parientes próximos; porque los mismos términos que prohíben el matrimonio con hermanas uterinas y no con hermanas de parte de padre, implican claramente que se conocía ordinariamente el parentesco por los machos, pero que no se paraba en ello atención.

Otra prueba de que los sentimientos análogos á los que entre nosotros limitan los instintos sexuales, no son innatos, es el hecho raro que sucede entre los Veddahs al decir de Beyley. Su costumbre «sanciona el casamiento de un hombre con su hermana segunda. Casar con una hermana mayor ó una tía, sería, según sus ideas, un incesto, una unión bajo todos conceptos tan repugnante á sus ojos como á los nuestros, tan fuera de las costumbres y tan inadmisible como el matrimonio con la hermana segunda era conveniente y natural. Era en realidad el casamiento en su estricto sentido.»

Si los hechos nos indican una relación general entre las formas más elementales de la vida social y las relaciones más groseras entre los sexos, no demuestran que el progreso social y el avance progresivo hacia un tipo más perfecto de vida familiar sean uniformemente conexos. Así encontramos diferentes anomalías.

Muchos pueblos pertenecientes á las razas menos avanzadas tienen por carácter ofrecernos uniones poco estables; y sin embargo, los miserables Veddahs cuyo estado social es uno de los menos desarrollados, contraen uniones excepcionalmente duraderas. Bailey escribe: «El divorcio es entre ellos desconocido. He oído decir á un veddah: «solo la muerte separa al marido de la mujer.» Según este relato, hay una gran diferencia entre ellos y sus vecinos los Cingales, que les son superiores en otras muchas cosas.

Tampoco vemos que la disminución de las relaciones incestuosas esté en relación constante con la evolución social. Estas uniones repugnantes que hemos observado entre las razas más groseras de América del Norte, existen también entre las familias reales en reinos africanos de gran extensión, mientras que matrimonios menos repugnantes son comunes á los salvajes y á los pueblos medio civilizados.

Se pretende que el tipo de vida familiar en que una sola mujer tiene mu-



chos maridos se halla en algunas de las tribus groseras, tales como la de los Fuegianos; pero de ningún modo es común entre las más groseras, al paso que lo hallamos en pueblos relativamente avanzados, en la isla de Ceylan, en el Malabar y el Tibet. Y la costumbre contraria según la cual un solo marido tiene muchas mujeres, casi universalmente admitida y practicada entre los salvajes, existe no solamente en sociedades semi-civilizadas, sino que ha subsistido en sociedades pasadas y presentes en que la estructura social está considerablemente desarrollada.

No hay tampoco una conexidad tan estrecha como pudiera creerse entre el relajamiento sexual y la bajeza general, moral ó social, y recíprocamente. Las relaciones entre los hombres y las mujeres en las islas Aleutianas, son de las más groseras. Sin embargo, Cook dice de estos insulares: «Son la gente más pacífica é inofensiva que he encontrado. Y en cuanto á la honestidad podrían servir de modelo á la nación más civilizada de la tierra.» Por otra parte, mientras que entre los Thlnkits los hombres, se dice, «tratan á sus mujeres y á sus hijas con mucha afección,» y que las mujeres muestran «reserva, modestia y fidelidad conyugal,» se nos asegura que estos pueblos están dedicados al robo ó la mentira, que son de una crueldad excesiva, que mutilan á sus prisioneros por puro capricho, y matan sus esclavos. Lo mismo acontece entre los Bacasinos (Bechuanas); pues mientras son objeto de menosprecio «porque todos mienten y asesinan con indiferencia,» sus mujeres son modestas y «casi universalmente esposas fieles.» Hallamos una anomalía parecida cuando comparamos entre sí sociedades más avanzadas. A la lectura de los relatos de Cook sobre los Taitianos, que no solamente habían llevado las artes y las instituciones sociales á un desarrollo considerable, sino que también daban pruebas de una bondad extraordinaria, quedamos sorprendidos de la extremada indiferencia de este pueblo para con las restricciones de los instintos sexuales. Inversamente, caníbales, pérfidos, sanguinarios, los Fijianos que cometen tales atrocidades que Williams no osaba, dice, contarlas, nos ofrecen una gran superioridad en las relaciones entre los sexos. Erskine hace constar que «la virtud de las mujeres alcanza un nivel elevado si consideramos que se trata de un pueblo bárbaro.»

Además, de una manera contraria á lo que podríamos esperar, hallamos una gran relajación sexual bajo ciertos aspectos, junto á una gran rigidez, según otros. Entre los Koniagas, «una doncella puede sin infamia tener con los hombres las más libres relaciones; pero desde el momento en que pertenece á un hombre solo, tiene el deber de serle fiel.» Herrera nos dice que entre los Cumanas «las mozas daban escaso valor á su virginidad, pero que las mujeres

casadas... vivían castamente.» De igual manera P. Pizarro dice que entre los Peruanos «las mujeres del pueblo bajo eran fieles á sus maridos... Antes de su matrimonio sus padres no se cuidaban de saber si su conducta era buena ó mala, y esto no era para ellos una deshonra (el tener costumbres licenciosas). Los mismos maridos Chibchas que hemos visto ya tan estrañamente indiferentes, ó más que indiferentes, á la castidad de las mujeres antes de su matrimonio, son, se dice, «muy sensibles á su infidelidad.»

Los hechos no nos permiten, pues, deducir como lo habíamos hecho naturalmente, que haya una conexión uniforme y constante entre el progreso en las formas de las relaciones sexuales y los progresos de la evolución social.

Con todo, considerando los hechos en su conjunto, vemos que la marcha progresiva hacia un tipo social más elevado, concuerda con la marcha progresiva hacia un tipo más elevado de relaciones sexuales. La verdad de esta observación resulta incontestable cuando se comparan los estados extremos. Los grupos inferiores de los hombres primitivos que carecen de toda organización política, están también desprovistos de toda organización doméstica; las relaciones de los sexos y las de los padres con los hijos no difieren mucho de las que se observan en los animales. Al contrario, todas las naciones civilizadas caracterizadas por instituciones sociales definidas, coherentes y regulares, lo están también por instituciones familiares definidas, coherentes y regulares. Está, pues, fuera de duda que á pesar de las anomalías, el desarrollo de estas dos instituciones concuerda de una manera general.

Dejemos á un lado este exámen preliminar con las inducciones que de él se pueden sacar, y vamos á seguir, tan lejos como sea posible, el rastro de la marcha progresiva hacia formas más elevadas de la estructura familiar. Podemos esperar que hallemos que el génesis de cada una de estas formas depende de la situación de la sociedad, siendo su causa determinante la conservación de la sociedad por sí misma en condiciones dadas. Si tomamos como punto de partida relaciones enteramente irregulares entre los sexos, las primeras costumbres que hallaremos establecidas serán necesariamente las que favorezcan más la supervivencia de la sociedad, no porque se las juzgara tales, sino porque las sociedades cuyas costumbres eran menos apropiadas á este objeto, habían desaparecido.

Pero antes de considerar las diversas formas de las relaciones entre los sexos, debemos examinar una cuestión preliminar. ¿De dónde procede la unión de las personas? ¿Pertenece á una misma tribu ó á tribus diferentes? O bien; ¿están en parte en el primer caso y en parte en el segundo?